

*"Pero yo estoy cerrada
como la noche, y callo.
Nunca tenderé al viento
la historia del milagro.*

Meira del Mar, Carmelina Soto y Josefina Lleras Pizarro son tres nombres de significación en nuestra literatura. Negarlos sería tan necio como admitir la valía de otras firmas, inútil y frecuentemente elogiadas, con innoble engaño para las beneficiadas y notoria desorientación para los desprevenidos y poco exigentes lectores.

Helcias Martán Góngora

LA METAFISICA DE LEIBNITZ

POR JULIO CESAR ARROYAVE

Platón y Aristóteles tienen dos representantes en la edad moderna de la filosofía, Hegel y Leibnitz. He creído siempre que a Platón no se le conoce suficientemente ni su doctrina ha sido interpretada a cabalidad; Platón no ha tenido su siglo XIII, su escuela que fue cuna de tantos sabios parece como si realmente hubiese desaparecido. No así el estagirita, de quien se ha hecho un credo, casi un dogma, y cuyo sistema ha permanecido desafiante en todo momento frente a los demás modos de pensar. No es que el idealismo platónico haya resurgido en el idealismo alemán, ni mucho menos, pero la concepción de Hegel es la que más se acerca al idealismo radical del discípulo favorito de Sócrates. Ni es tampoco que la metafísica de Leibnitz indique una satisfactoria interpretación de la Filosofía Primera estipulada por el maestro de Alejandro; quizás la monadología del gran pensador moderno sea la visión metafísica que la sutil imaginación de Aristóteles quiso dar a conocer en el Liceo. Lo cierto es, que las exposiciones de Hegel y Leibnitz deben ser emplazadas desde la Academia y el Liceo para que su contenido se revele claramente y demuestre el adelanto de las dos más grandes orientaciones que ha tenido la filosofía en el ámbito histórico de la cultura.

El tema de Hegel como intérprete y representante de Platón, hemos de abandonarlo para dejar todo el espacio posible en esta ocasión al historiador, político, matemático, físico y teólogo, Guillermo Leibnitz, cuya sola biografía es harto difícil abarcar por la múltiple y polifacética expresión que tuvo en su tiempo. El mismo pensamiento de Leibnitz ha sido imposible recogerlo íntegramente por aparecer diseminado en tratados, estudios y cartas, que la crítica no ha podido coordinar íntimamente hasta el punto de poder ofrecer un sistema completo que corresponda a la realidad del filósofo.

Lo mismo que se conoce de Leibnitz, ha permitido esbozar su pensamiento, no fijarlo exactamente; por tal motivo hay quienes lo aprecien como oscuro, quiénes lo visualicen en la niebla de una vasta concepción indeterminada, quiénes lo acepten como ortodoxo cristiano, quiénes lo juzguen como teósofo, quiénes lo distingan como dialéctico, en fin, que de todas estas modalidades nada se concluye pero en cambio mucho se adivina o presiente. Leibnitz conoció muy profundamente la filosofía de Descartes, quien a su vez hubo de escudriñar pacientemente la filosofía de la Edad Media; Leibnitz se enfrentó abiertamente con John Locke, resumen de la orientación moderna de la filosofía; y Leibnitz coincidió con Newton en la concepción del cálculo infinitesimal. Escribió un "Nuevo Ensayo sobre el entendimiento humano", que pone de presente su criticismo, una "Monadología" o metafísica del individuo, y una "Teodicea" literalmente apriorística. Se incluye por su universalismo en el movimiento de "La Ilustración" o "La Enciclopedia"; se suma por su matematicismo al movimiento de Galileo, Descartes y Pascal; echa mano de la palabra "Mónada" usada por Pitágoras, los Estoicos, y Bruno; su preocupación teológica más parece derivada de Telesio, Bohme, Eckart, Espinoza y Weigel que enmarcada en la idea del primer móvil. No obstante, Leibnitz no es un ecléctico, ni un oportunista, ni un conciliador; Leibnitz se hace fuerte como inteligencia metafísica, no le crea obstáculo a la verdad, define con claridad casi dogmática y demuestra en todos los campos un perfecto dominio de la materia.

La ocasión de estudio que se presenta con motivo de cumplirse el 21 de Julio de 1946 el tercer centenario de su nacimiento, abre un margen de consideraciones en torno de Leibnitz, que bien podría ordenarse del siguiente modo: 1—Teoría del conocimiento; 2—Verdades de Razón y Verdades de Hecho (Lógica); 3—El cálculo infinitesimal y la teoría del pleno; 4—El dinamismo ontológico; 5—La monadología; 6—La armonía preestablecida; y 7—Prueba a priori de la existencia de Dios.

Circunscribiendo esta tarea a la monadología, que es donde reside el fuerte de Leibnitz, y que es donde se ofrece su originalidad con la presentación metafísica del individuo, a riesgo de echar muy de menos los demás temas, hemos de manifestar lo siguiente:

En Leibnitz tenemos la figura más alta de la metafísica moderna sin lugar a duda, y en cada palabra suya debemos ver una refe-

rencia filosófica; su filosofía es entonces una "ciencia de las ciencias", un sistema de reemplazar toda la problemática del conocimiento con una metafísica del individuo, un principio para resolver todos los enigmas y preguntas de la razón sin necesidad de apelar a la experiencia, más bien eliminando el interés por el hecho que en sí mismo no puede ser sino imperfección. Su dominio no es tanto el de la existencia cuanto el de la esencia y la posibilidad, el del individuo y la infinitud. En la oscuridad de la potencia está la razón de las cosas, de manera semejante a como el Cardenal Nicolás de Cusa veía la divinidad como la más alta sabiduría de nuestra más absoluta ignorancia.

No es, desde luego, muy halagüeña esta posición de Leibnitz, para el naciente positivismo estimulado por Locke, y frente a la cual no pudo Voltaire sustraerse a la necesidad de escribir su "Cándido o el Optimismo". En una era social, de expresión del pueblo, de problemas humanos, azuzada por teorías revolucionarias, en la que se iniciaba el maquinismo, asistida por un científico materialista, la metafísica de Leibnitz, su "monadología" no podía menos de sonar a "Música lejana"; pero el caso era que sonaba. Ante ella los hechos, los afamados hechos, la experiencia, la realidad diaria, la brega de la vida diaria, la historia misma, pasaba a segundo plano, a un simple probabilismo, a una apariencia sin resultado perfecto, a un discurrir sin acierto, a una lucha de contrastes, a un vagar y divagar sin obtener nada seguro, a una fenomenología del espíritu. Detrás de las cosas, de estas realidades, de estas presencias, sólo está el individuo como una fuerza eterna, indefectible, como una "mónada". Lo importante no es la existencia, el movimiento y la causalidad; lo importante no es la esencia o la potencia referida al ser, lo interesante es aquello que permanece como "uno", aquello que individualiza y sustenta la fisonomía de cada cosa, la mónada. La materia del mundo físico, la forma de los entes corpóreos, la vida, el espíritu, toda especie y todo género, son en sí mismos la nada, lo efímero, lo transitorio, el azar, el sino, lo accidental, solamente el individuo es estable, permanece y se afirma. Con Leibnitz desaparecen los problemas de las sustancias cartesianas (pensante, extensa e infinita), la controversia de los universales, la distinción entre las esencias primera y segunda, la consubstancialidad del alma y el cuerpo, la antinomia entre el determinismo y el libre albedrío; se abre solamente el panorama de la necesidad. Dios no obra como primer mo-

tor sino como un "todo", como una suprema armonía universal, donde nada va ni viene, donde lo teleológico es mera ilusión, signo finito del individuo infinito. Para entender mejor el significado de la mónada en Leibnitz, indagemos un poco en la semántica de la palabra. Pitágoras concibe la mónada como "número", como "unidad de relación" y "relación infinita"; en todo hay un número, en cada cosa, su realidad; este número es lo más abstracto que pueda pensarse y lo más real; escapa a los sentidos, pertenece a un mundo sub-cósmico y reencarna; se mueve como un sentido del bien; de ahí que lo bueno sea lo determinado, lo perfecto, lo que no cambia como la ley matemática pero se aplica indistintamente a los seres; solamente el sabio puede ser bueno; este número es la fuente inmortal de la armonía universal, del deleite puro, de la música; el número es la ley del movimiento pero no es el movimiento que aparece con la sensación y desaparece con ella. Para los estoicos la mónada es "el principio individualizante", "el canon", "la ley de la acción"; todo tiende a la ley o busca someterse a ella", este esfuerzo constituye la ética, tal como lo ve la razón. El todo es soberanamente perfecto, lo imperfecto o el mal está en los detalles; en el fondo de las cosas hay un dinamismo latente; todo cambio es simple apariencia; las cosas como individuos desaparecen y retornan hasta alcanzar su perfección.

Giordano Bruno, el "Nolano", considera que el mundo obra a la manera de una vasta unidad de la que Dios es su alma; está compuesto de "mónadas" a las cuales da forma y conserva un impulso intrínseco de permanencia de sí mismo. Aunque el hombre es una partícula del Universo, palpita en él la vida divina del "todo" que es armonía y eternidad. Para comprender la pluralidad tenemos que partir de la "unidad", geoméricamente un punto, físicamente un átomo. Cada mónada es una reproducción finita del divino infinito hacia el que ella aspira y por el cual se mueve.

El Cardenal de Cusa, Nicolás, complementa diciendo: cada objeto refleja en su lugar el universo entero; el hombre es un espejo de todo, un pequeño mundo, su perfeccionamiento no es sino un desarrollo de sus disposiciones originales; en Dios se reducen a la "unidad" todas las contradicciones; en él se realizan todas las posibilidades.

La mónada, según sus primeros propugnadores, da idea de algo que escapa a los sentidos, pero que hace posible la esencia de cada

ser; no es el elemento simple ni la forma sustancial, no es la presencia espacio temporal de las cosas, es el individuo inteligible, razón y causa de sus hechos. En el caso de Leibnitz la materia es lo indeterminado y la forma es un mero resultado del ser existente, el individuo subsiste y es incomunicable; la única realidad metafísica es la del individuo, principio ordenador, fuerza orientadora, ciclo vital; el individuo es antes que la materia y la forma. Ni la materia individualiza, como pretenden algunos intérpretes de Aristóteles, ni la forma individualiza, como afirman otros; Dios es "ens realissimum" como individuo perfecto, descontándole la materia y la forma; el "yo" es por excelencia la parte real de la substancia humana, lo que constituye la personalidad; la vida o movimiento inmanente en el ser corpóreo es lo que aglutina la masa para producir el viviente. Dios es el ser uno y único, no en el sentido de cosa o persona semejante a las cosas y personas del universo sino en el sentido de reunir o absorber lo plural, en lo singular; ante él no está otro como ante el hombre, el animal, o la cosa; ante él sólo está él, como ante el universo sólo está el universo; así es como puede llamarse "mónada de las mónadas", sujeto todo o todo objeto, unidad inagotable porque es infinita para ser precisamente una y única. El individuo durante la existencia produce una realidad que cree ser diferente a todas y que llama experiencia; lo mismo sucede entre los individuos que forman núcleos sociales; e igual cosa le pasa a la humanidad. La historia de un hombre, la de un pueblo y la de la humanidad constituyen una ilusión por sí mismos, una inmensa ilusión. Esta historia como la ley de hechos es la ciencia, ilusión más efímera e hipotética aún.

En la unidad divina nace la pluralidad que se agota en la unidad de la nada; la existencia de cada ser contempla en sí misma la existencia de todas las cosas en una perfecta identidad al modo que en el juicio el predicado, siendo lo más explícito se identifica con el sujeto que es lo más implícito. El hombre se ve en las cosas como en sí mismo, el universo es su oportunidad para conocerse. El hombre que está en la mitad entre Dios y la Nada, entre el Bien y el Mal, o como decía Aristóteles al tratarlo de sujeto moral "mitad animal y mitad racional", aparece entonces como el centro del universo que no es una recta sino una esfera: en el centro la nada, hacia la periferia todo.

Julio César Arroyave C.